

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:
El azogue

Autor/es:
Torrell, Josep

Citar como:
Torrell, J. (1998). El azogue. La madriguera. (4):68-68.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/41626>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



El azogue

Desmontando a Harry

Woody Allen

Deconstructing Harry, Estados Unidos, 1997

No es la primera vez que dos películas consecutivas de Woody Allen se sitúan en polos opuestos de su universo creativo. Si en *Todos dicen I love you* el cineasta exhibía su maestría para producir un tiempo propio, que sumerge al espectador en la ficción, en *Desmontando a Harry* la amargura de su discurso está al descubierto. No es que falte en ella la hilaridad de sus últimas películas (de *Misterioso asesinato en Manhattan* en adelante), pero cuando la sonrisa se desvanece, queda un sabor amargo en la boca. Un sabor distinto del que dejaron películas tan desconsoladas como *Delitos y faltas*, *Bajas sobre Broadway* o *Poderosa Afrodita* (la obra maestra de Allen en los noventa). Esa pequeña diferencia no la produce lo que cuenta, sino de quién se ríe.

La geografía del éxito de Woody Allen, que coincide con las grandes aglomeraciones urbanas del planeta y con los núcleos de población universitaria, configura un espectador cuyas características sociales e intelectuales se corresponden, salvando las distancias, con las de los personajes encarnados por Allen a partir de *Manhattan* y *Annie Hall*: intelectuales, trabajadores de la mente; ciudadanos por partida doble: urbanitas y conscientes de tener derechos. La filmografía de Allen en estos últimos veinte años reproduce en la pantalla un tipo de experiencia humana que es, *grosso modo*, la de su público. Una experiencia que se elabora cinematográficamente a partir de la expresión de las reacciones íntimas ante las vicisitudes afectivas y de la vida social. Película tras película, Allen ha logrado una identificación del público con sus personajes (que no suele ser consciente). Ahí reside el núcleo expresivo de *Desmontando a Harry*. Era fácil identificarse con los personajes que asisten desolados a la apoteosis fúnebre del analfabetismo moral (en *Delitos y faltas*) o al afianzamiento de las barreras de clase (en *Poderosa Afrodita*). En *Desmontando a Harry*, sin embargo, Allen ha optado por reírse de sí

mismo, por convertir a su personaje —un cristal azogado para el espectador—, en el más desagradable de la película; y lo ha hecho sin pudor, y con aspereza. Ésta es, con *Recuerdos*, una de sus películas en las que la confusión entre personaje, autor ficticio y autor real es mayor y más deliberada. De ahí la incomodidad que produce, que concierne a la mirada más que a la factura; una incomodidad que sitúa al espectador ante la disyuntiva de romper el espejo, negando su condición de tal, o reconsiderar sus bajezas cotidianas.

El segundo aspecto que conviene mencionar a propósito de *Desmontando a Harry* —aunque es válido para la mayor parte de sus películas, incluso aquellas en otros sentidos más endebles como *Alice*—, es que la obra de Woody Allen se ha convertido en un impresionante taller de experimentos narrativos, y de innovación continua de la retórica cinematográfica (ahí está esa metáfora del actor desenfocado, que utiliza con inteligencia las nuevas tecnologías; o la contraposición de dos estilos diferentes de montaje para distinguir la vida de Harry y la de los personajes de sus libros). Ese montaje sincopado, homenaje meridiano a Godard, revela que ese proceso de invención constante se produce en un campo caracterizado por un alto grado de intertextualidad. Si *Recuerdos* era una versión de *Ocho y medio*, el viaje de *Desmontando a Harry* reproduce el de *Fresas salvajes*. Lo insólito es que en ese mar de la intertextualidad —en el que la casi totalidad del cine actual naufraga en pastiches miméticos, sin imaginación ni ideas—, Woody Allen consigue destilar sustancias que engrasan su poderosa máquina creativa, la de un cine que no renuncia a expresar ideas, a ser pensamiento (contra la falsa consolación de las ideologías establecidas, religiosas o no, demoleedoramente criticadas por esta película).



Josep Torrell